

Gánfico del trance de Wiguél sobre su tierra sináitica

Para García Pavón

Este pobre poema manteado...

Estábais frente a frente.
Dios te habló como un Génesis de viento.
La Divina simiente.
te preñó el pensamiento...
Te recreó la sangre, de contento.

De punta la llanura.
No a nivel cada surco y sí a plomada.
Celeste calentura,
de gótica enramada.
Todo un bosque de tierra, en tu mirada.

Cedros de sed, puntales
para el ansia de luz de aquel minuto.
Las tierras-vegetales,
sobre lo hermoso en bruto.
La Mancha, puesta en pie, por lo absoluto.

Y tú frenaste, herido.
Con tanto cielo ya, que te volcabas,
de amor, sobre tu nido.
Ya tú, por sucias lavas.
Ya en tu pobre volcán de sombras flavas.

Ya en este mundo opaco.
Ya tan vuelto hacia aquí, que te veías
rendido tu sobaco,
tus vértebras vacías,
sin mapas de ambición tus geografías.

Pero era en tu locura
la de encamar la fiebre de la gleba,
la de agachar llanura,
la de tender la esteva,
la de darle a lo humano savia nueva.

No escapar, sino verte
como un santo vulgar sobre el camino.
De aquí. Dolido y luerto.
Libre de gubia y pino.
Santo de pan al pan y al vino, vino.

Y esa fué tu terea.
Regresar de tu místico disparo.
Serenar la marea
del mar, bajo tu faro.
Darle un rasero al mundo, justo y claro.

Y el fiel de tu balanza
cauterizó de amor los dos platillos.
El corazón... la puzza...
Los místicos... los pillos...
Todo encontró cedazo en tus bolsillos.

Y en cada personaje,
como adámico lastre de su globo,
la Mancha bajo el taje.
La Mancha sin corvo.
¡Ya el paisaje de velas de su arrobo!

Con ansia; más sereno,
Llagado de infinito; pero humano,
Todo entre malo y bueno.
Y tú, con buena mano,
desgranando tu espiga, grano a grano.

Las sendas. Las pisadas...
Y aquel cardar las tubas los molinos...
Las tinajas varadas...
Los fuertes remolinos...
El mar sobre unas lanas de merinos...

Paisaje en alma viva.
Paisaje en carne carne y no en pintura.
Ronzal, dornajo, criba,
cobertera y llanura.
Todo uncido al afán de la criatura.

La Mancha es... lo que sea.
Tanto se va y se cansa, que no quiere
ceder de su ralea.
De Aldonza, nos zahiere.
De princesa imposible, se nos muere.

Y es yelmo y es cacharro.
Y es montera y corona de pellejo.
Es Josafat de barro.
¡Es la yesca en espejo
donde Dios ve fruncido su entrecejo!

Sobre esa enorme frente
tu pluma fué pasando, despaciosas.
Carcajada doliente.
Tristeza milagrosa.
Desgrane de tu espiga en verso y prosa.

Fué pasando, pasando...
Y tu sombra cobraba cuerpo entero:
dos cuerpos caminando.
¡Dos cuerpos desangrando
la imponente matriz de tu tintero!

Y así se quedó todo:
tú, siguiendo en avance, noche y día,
por senda sin recodo.
«La del alba sería...»
La Mancha, toda en tí, de codo a codo.
Dios y tú, frente a frente... ¡todavía!

Juan ALCAIDE SANCHEZ.